

El agente secreto

Joseph Conrad

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

El agente secreto
© Joseph Conrad
Primera edición 1907
Reimpresión mayo de 2020
© Ediciones LAVP
www.luisvillamarin.com
Cel 9082624010
ISBN: 9781663503756
Ediciones LAVP

Todos los derechos reservados. Sin tener una autorización escrita y firmada por el editor, nadie podrá reproducir para comercializar este libro, en cualquiera de los formatos existentes para la industria editorial. Hecho el depósito de ley.

INDICE

Capítulo I	6
Capítulo II	15
Capítulo III	52
Capítulo IV	77
Capítulo V	99
Capítulo VI	128
Capítulo VII	160
Capítulo VIII	180
Capítulo IX	216
Capítulo X	254
Capítulo XI	272
Capítulo XII	317
Capítulo XIII	368

Mr. Verloc, al salir por la mañana, dejaba su negocio nominalmente a cargo de su cuñado. Podía hacerlo porque había poco movimiento a cualquier hora y prácticamente ninguno antes de la noche. Mr. Verloc se preocupaba bien poco por su actividad visible y, además, era su mujer quien quedaba a cargo de su cuñado.

El negocio era pequeño y también lo era la casa. Era una de esas casas sucias, de ladrillo, de las que había gran cantidad antes de la época de reconstrucción que se abatió sobre Londres. El negocio era cuadrado, con una vidriera al frente, dividida en pequeños paneles rectangulares. Durante el día la puerta permanecía cerrada; por la noche se mantenía discreta y sospechosamente entreabierta.

En la ventana había fotografías de bailarinas más o menos desvestidas; paquetes varios envueltos como si fueran específicos medicinales, envases cerrados de papel amarillo, muy delgado, marcados con el precio de media corona en grandes cifras negras; unos cuantos números de publicaciones cómicas francesas, colgados de una cuerda como para secarse, un deslustrado recipiente de porcelana azul, una cajita de madera negra, botellas de tinta para marcar y sellos de goma; unos pocos libros con títulos que sugerían poco decoro, unos pocos números de diarios aparentemente viejos y mal impresos, con títulos como *La Antorcha*, *El Gong*: títulos vehementes. Los dos mecheros de gas, dentro de sus pantallas de vidrio, siempre tenían la llama baja, ya fuera por economía

o por consideración a los clientes. Esos clientes eran hombres muy jóvenes que vacilaban un momento cerca de la ventana antes de deslizarse adentro con rapidez; o bien hombres más maduros, cuya apariencia en general indicaba pobreza.

Algunos de los de este tipo llevaban los cuellos de sus sobretodos levantados hasta los bigotes y rastros de barro en las botamangas, que tenían la apariencia de estar muy gastadas y pertenecer a pantalones muy baratos. Las piernas que iban dentro de esos pantalones tampoco parecían de mucha enjundia. Con las manos bien hundidas en los bolsillos laterales de sus sacos, se escabullían de costado, un hombro hacia adelante, como si temieran que la campanilla empezara a sonar.

La campanilla, colgada de la puerta con un alambre de acero, era difícil de evitar. Estaba rajada sin esperanza, pero de noche, al mínimo roce, sonaba con estrépito por detrás del parroquiano, con virulencia descarada.

Resonaba, y a esa señal, a través de la polvorienta puerta vidriera, por detrás del mostrador pintado, aparecía rápidamente Mr. Verloc, desde el salón de la trastienda. Sus ojos siempre estaban pesados; Mr. Verloc tenía el aspecto de haberse revolcado totalmente vestido, durante todo el día, en una cama deshecha. Otro hombre hubiera pensado que esa apariencia era una notoria desventaja.

En un comercio de venta al menudeo tiene mucha importancia el aspecto atractivo y amable del vendedor. Pero Mr. Verloc conocía su negocio y se mantenía incólume frente a cualquier tipo

de duda estética acerca de su apariencia. Con descaro firme e imperturbable, hubiera procedido a vender a través del mostrador cualquier objeto que en forma escandalosamente obvia no valiera la plata que se llevaba la transacción: una pequeña caja de cartulina, en apariencia vacía, por ejemplo, o uno de esos endeble envoltorios amarillos, cerrados con esmero, o un volumen sucio, de tapas blandas, con algún título prometedor. Una que otra vez ocurría que una de las descoloridas, amarillas bailarinas se vendía a algún jovencito, como si se tratara de una muchacha viva y joven.

A veces era Mrs. Verloc la que respondía al llamado de la campanilla rajada. Winnie Verloc era una mujer joven de busto prominente, realzado por una blusa entallada, y de caderas anchas. Su cabello estaba siempre muy bien peinado.

De ojos cargados, como su marido, conservaba un aire de indiferencia insondable detrás del baluarte del mostrador. Entonces el cliente, por lo general más joven que ella, se sentía de pronto desconcertado por tener que tratar con una mujer, y con fastidio, en el corazón preguntaba por una botella de tinta de marcar, precio de venta seis peniques (en el negocio de Verloc siete peniques) que, una vez afuera, hubiera volcado a escondidas junto al cordón de la calle.

Los visitantes nocturnos los hombres con los cuellos levantados y las alas del sombrero bajas saludaban a Mrs. Verloc con una familiar inclinación de cabeza y murmurando alguna cortesía levantaban la tapa plegadiza de la punta del mostrador, para entrar en la trastienda que daba acceso a un pasillo y a un empinado

tramo de escalera. La puerta del negocio era la única entrada de la casa en la que Mr. Verloc desarrollaba su negocio de vendedor de mercaderías sospechosas, ejercía su vocación de protector de la sociedad y cultivaba sus virtudes domésticas.

Estas últimas eran manifiestas: estaba domesticado a fondo. Ni sus necesidades espirituales, ni las mentales, ni las físicas eran de las que llevan al hombre fuera de su casa. En el hogar encontraba ocio para su cuerpo y paz para su conciencia, junto a las atenciones conyugales de Mrs. Verloc y al trato deferente de la madre de ella.

La madre de Winnie era una mujer corpulenta, con una gran cara morena; usaba peluca negra debajo de una cofia blanca. Sus piernas hinchadas la mantenían inactiva. Se consideraba a sí misma descendiente de franceses, lo que bien podía ser cierto; después de sus buenos años de vida matrimonial con un hotelero simplón, que tenía licencia para expendio de licores, se mantuvo en sus años de viudez alquilando habitaciones amuebladas para caballeros, cerca de la calle Vauxhall Bridge en una plaza que alguna vez poseyó esplendor y todavía estaba incluida en el distrito de Belgravia. Este hecho topográfico implicaba cierta ventaja para la propagandización de los cuartos.

Pero los clientes de la digna viuda no pertenecían justamente al tipo elegante. Tales como eran, Winnie, su hija, ayudaba a atenderlos. Rasgos de la ascendencia francesa que la madre reivindicaba para sí eran visibles también en Winnie. Se transparentaban en la extrema pulcritud y artístico

peinado de los negros cabellos brillantes. Asimismo, Winnie tenía otros encantos: su juventud, su cuerpo pleno, rotundo, de formas armoniosas, la provocación de su reserva insondable, que nunca llegaba a desbaratar la conversación siempre animada de los pensionistas, a quienes ella respondía con uniforme amabilidad. Era inevitable que Mr. Verloc fuera permeable a esas fascinaciones.

Mr. Verloc era pensionista intermitente; iba y venía sin ninguna razón visible. En general llegaba a Londres (como la gripe) desde el continente, sólo que él no llegaba precedido por los anuncios de la prensa, y sus visitas transcurrían en medio de gran severidad. Desayunaba en la cama y se quedaba acostado, dando vueltas, con aire de tranquila diversión, hasta el mediodía. Y a veces hasta más tarde.

Pero cada vez que salía, daba la impresión de tener grandes dificultades para encontrar el camino de regreso a su hogar temporario, en la plaza Belgravia. Salía tarde y regresaba temprano, si es que es temprano las tres o cuatro de la mañana; al despertar, a las diez, charlaba con Winnie que le traía la bandeja del desayuno con jocosa, rendida cortesía, con la voz ronca y desfalleciente de quien ha estado hablando con vehemencia durante varias horas consecutivas.

Sus ojos saltones, de párpados pesados, giraban amorosos y lánguidos, estiraba la ropa de cama hasta el mentón y su oscuro bigote cuidado cubría sus labios carnosos, hábiles en chanzas dulcificadas. En opinión de la madre de Winnie, Mr. Verloc era un fino caballero.